



## Sobre el colapso moral de Occidente

---

ANDREA ZHOK :: 04/08/2025

En Milán, como en Londres, se puede construir la sociedad más clasista, gentrificada, oligárquica y excluyente, mientras se predica suavemente la aceptación y la inclusión

Occidente es un concepto extraño, reciente y espurio. Por "Occidente" nos referimos en realidad a una configuración cultural que surgió con la unificación global de la Europa política y que a partir de 1931 tomaría el nombre de "Commonwealth" (parte del Imperio Británico).

Esta configuración alcanza su unidad bajo la bandera del capitalismo financiero, a partir de su surgimiento hegemónico en las últimas décadas del siglo XX.

Occidente no tiene nada que ver con la Europa cultural, cuyas raíces son grecolatinas y cristianas.

Occidente es la concreción de una política de poder económico-militar, que nació en la Era de los Imperios, que culminó en las dos guerras mundiales y que reanudó el gobierno mundial hacia mediados de los años 1970.

Desafortunadamente, incluso en Europa, la idea de que "nosotros somos Occidente" se ha convertido en parte del sentido común.

La Europa histórica, por ejemplo, siempre ha tenido vínculos estructurales fundamentales con Oriente, tanto cercano como lejano (Eurasia), mientras que Occidente se percibe como intrínsecamente hostil a Oriente. Así, la Europa cultural está en evidente continuidad con Rusia, mientras que para Occidente, Rusia es completamente diferente.

Esta premisa sirve para ilustrar una preocupación seria y de largo plazo que no puedo contener.

La preocupación está vinculada al hecho de que Occidente, configurado en torno al marco mental y práctico del capitalismo financiero, ha desarraigado el alma de los pueblos europeos.

La cultura y la espiritualidad europeas, esa extraordinaria efloración que se extiende de Sófocles a Beethoven, de Dante a Marx, de Tácito a Monteverdi, de Miguel Ángel a Bach, etc., etc., es la primera víctima de la cultura occidental, una cultura utilitaria, instrumental, abismalmente mezquina, que entiende la belleza del arte, de los territorios, de las tradiciones sólo si es un «activo» transformable en «dinero en efectivo».

Hemos aprendido a aceptar esta medida de cada valor como precio, y de cada precio como margen de beneficio.

Nuestra sociedad, nuestra educación, nuestras comunidades se han visto obligadas a

aceptar estas equivalencias destructivas. Y lo hicieron porque prometían preservar el estatus de poder, predominio y hegemonía material de Occidente sobre el resto del mundo.

Aunque muchas personas han intentado, con cierto éxito, oponerse a esta desertificación, esta se ha arraigado en instituciones, academias y escuelas. Quienes desean resistir este empobrecimiento deben hacerlo de forma clandestina, como resistencia individual, pagando un precio personal, mientras que todo lo demás —financiación, programas, beneficios— va en la dirección opuesta.

Pero hoy hemos llegado al final del camino, al punto de inflexión.

La desertificación del alma por parte de Occidente ha moldeado una de las clases dirigentes moralmente más infames de la historia. Antes del surgimiento de la mentalidad occidental, hace aproximadamente un siglo y medio, sin duda hubo tiranos más sanguinarios que los líderes occidentales actuales, pero ninguna forma de vida fue tan cínica.

Occidente no mata ni extermina por odio, por conquista, ni por convicción, ni para dar ejemplo, ni siquiera por un auténtico sentimiento de superioridad.

No, Occidente mata porque cada vez le cuesta más percibir la distinción de valor entre la vida y la muerte como relevante. Porque es, en esencia, una cultura de la muerte en el sentido fundamental de que no reconoce una diferencia esencial de valor entre la vitalidad de una cuenta bancaria y la de un niño, entre la de un algoritmo y la de un cachorro.

El Occidente de hoy, aquel cuyo paradigma son hoy las clases dominantes estadounidense e israelí, pero igualmente bien representado por la basura servil que habla en nombre de la Unión Europea, está alcanzando niveles de abyección raramente tocados.

Ya no se trata de "dobles raseros".

Es un compromiso diario con la mentira ilimitada, con la aceptación franca de que cada afirmación, cada palabra, cada pensamiento sólo cuenta por los efectos que en términos de poder monetario puede producir.

Puedes decir cualquier cosa y lo contrario de todo. Puedes negar la evidencia y luego negar que la negaste. Las promesas y los tratados pueden romperse.

Puedes llevar a cabo una negociación y mientras tanto intentar matar a la persona con la que estabas negociando, y luego protestar con cara seria porque la otra persona ya no quiere seguir negociando.

La información oficial puede ser manipulada las 24 horas del día, los 7 días de la semana y luego se pueden exigir castigos ejemplares para contrarrestar el poder manipulador de la peluquera Pina en las redes sociales.

En Milán, como en Londres, se puede construir la sociedad más clasista, gentrificada, oligárquica y excluyente, mientras se predica suavemente la aceptación y la inclusión.

Puedes ver un genocidio en vivo en el escenario mundial durante dos años y explicar que es

en defensa propia.

Etc. etc.

Bueno, mi problema, además del disgusto por todo lo que está sucediendo, es la conciencia de que no podremos escapar de la condena histórica de esta obscenidad espiritual.

Participaremos incluso si no hemos aprobado personalmente nada, incluso si lo hemos impugnado de todas las formas posibles.

Nos involucraremos porque esta depravación es Occidente y hemos aceptado esta etiqueta, hemos aprendido a pensarnos como occidentales y el mundo nos percibe como tales.

Cuando tengamos que pagar la factura de siete octavos del planeta -y que nadie se engañe pensando que eso no sucederá- será increíblemente difícil, quizá imposible, explicar que la gran cultura milenaria europea no tiene nada en común con el desierto nihilista del Occidente contemporáneo.

Así como en el período inmediatamente posterior a la II guerra mucha gente no podía oír hablar alemán -la lengua de Goethe y Mozart- sin sentir repugnancia (algunos de los menos jóvenes seguramente lo recordarán), así también, aunque de forma mucho más radical, va a ocurrir con todo lo que huela, con razón o sin ella, a Occidente.

Después de todo, si estudiar a Dante, Cervantes o Shakespeare nos llevó a dos guerras mundiales y luego al nihilismo absoluto, ¿qué lección debería aprender el mundo de esta tradición?

Este razonamiento, en su crudeza, puede parecernos irrazonable sólo porque estamos acostumbrados a ser siempre nosotros quienes juzgamos y nunca nosotros quienes somos juzgados.

Perder la hegemonía mundial es ahora fatal, y lejos de ser un problema, será una bendición.

Pero la pérdida del respeto y la comprensión por todo lo que ha definido la larga historia de Europa ya se ha producido, en parte debido a la involución interna, y el golpe final podría asestarse pronto. Perder el alma es muchísimo más grave que perder el poder.

*ariannaeditrice.it*

---

<https://www.lahaine.org/mundo.php/sobre-el-colapso-moral-de-occidente>